
Las Lágrimas de Momo

José Fernández Bremón

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8333

Título: Las Lágrimas de Momo

Autor: José Fernández Bremón

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 18 de julio de 2024

Fecha de modificación: 18 de julio de 2024

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Las Lágrimas de Momo

Júpiter se aburría en el cielo desde que no bajaba a la tierra por no dar celos a Juno. En vano procuraba Momo divertirle haciendo muecas y extravagantes contorsiones: el dios de la risa, humillado y entristecido, hizo pedazos el aro de cascabeles, y se retiró a una apartada viña de los Campos Elíseos, donde se pasaba las horas muertas comiendo pámpanos y echando lagrimones.

Entristeciose el Empíreo con la ausencia del payaso de los dioses. La misma Noche, que antes tenía la apariencia de una viuda enlutada, quedó más lúgubre y más triste, aumentándose las sombras en su rostro. En vano cantaban, bailaban y recitaban versos las nueve Musas para regocijar el Olimpo. Sólo parecían satisfechas de aquella tristeza general la vengativa Némesis, la destructora Parca, las Furias y Medusa, que se pasaba a contrapelo las manos por la cabeza para que se agitasen y silbaran sus trenzas de serpientes.

Plutón y Proserpina abreviaban sus visitas para regresar a los Infiernos, que estaban más alegres que el Olimpo: allí al menos los recibía el Cancerbero ladrando de alegría con todas sus bocas. Las Horas daban vuelta a su devanadera bostezando. Venus no llamaba a los amorcillos para que le atusaran su cabello dorado, y en sus mejillas descuidadas nacía espesa barba.

Se llamó a Hércules para que hiciese juegos malabares con estrellas; a Proteo para que, cambiando de formas, divirtiese a los dioses, y a Mercurio para hacer suertes de escamoteo mercantil: la linda Hebe, que alegraba la vista cuando se adelantaba con la copa de néctar en la mano, resbaló por el cielo rompiendo su copa en la cabeza de una harpía que

atronó con sus alaridos el Olimpo.

—¡Basta! —dijo Júpiter lanzando rayos de ira por los ojos; y volviéndose hacia Apolo, le dijo con melancolía—: Tú sólo me comprendes, tú, que has corrido por el campo persiguiendo a Dafne. Yo te aseguro que era más feliz que en mi trono cuando, convertido en toro, daba mugidos por la tierra, enamorado de Europa, y levantando de una cornada hasta las nubes a los rivales que me disputaban aquella hembra magnífica.

Aquel grato recuerdo desarrugó el ceño del dios, y Apolo hizo un magnífico soneto a la berrenda Europa, y no bien acababa de recitarlo, cuando Baco entró en el cielo, sentado en su tonel arrastrado por tigres. Colgado de un tronco de cepa, y tan enjuto y exprimido como un cuero vacío, iba el pobre Momo con el cuerpo doblado y casi exánime.

Los dioses rodearon el grupo asombrados del aspecto mísero de aquel triste moribundo, que había sido el dios de la risa y era un colgajo de huesos y pellejo con un soplo de vida, y que sólo podía sostenerse suspendido de una percha.

Esculapio le reconoció el pulso, auscultó su pecho, y meneó tristemente la cabeza, diciendo:

—Era la risa la sangre de su cuerpo, y se le ha salido por los ojos a fuerza de llorar: no veo el remedio.

—Yo lo tengo —dijo Baco—. Ponedle los labios en la espita de mi tonel.

—El vino es irritante —replicó Esculapio ofendido de que un profano le diese lecciones de curar.

—¿No le has desahuciado? Yo le daré la vida con el vino fresco y aromático que traigo en mi cuba inagotable.

—Dadle esa bebida —dijo Júpiter.

Descolgaron a Momo y lleváronle arrastrando hasta colocar sus labios en la espita, y el moribundo bebió con avidez: poco a poco sus ojos se animaron, sus formas se rehicieron, sus miembros adquirieron movimiento; por fin apareció en su rostro la alegría y prorrumpió en sonora carcajada.

La ninfa Eco prolongó aquella risa por todas las esferas, y a las carcajadas del Olimpo acudieron los dioses que se habían alejado de tristeza. Neptuno y Anfítrite, sin cuidar de secarse, llegaron chorreando agua: Eolo tuvo que soplarles para que no mojasen a los dioses: Vulcano llegó con las tenazas en la mano, y Marte con espuelas.

—¿Qué vino es éste? —preguntó Mercurio, que en él veía nuevo elemento de comercio.

—Es el vino de la tierra que ha regado Momo con sus lágrimas sembrando para siempre el buen humor en las vides andaluzas.

—¿Cómo se llama ese licor?

—Manzanilla.

—Pues echemos una ronda —dijo el padre de los dioses—, y brindemos a la resurrección de Momo.

Sirvió Ganimedes a los dioses, y se armó una *juerga* en el Olimpo que duró quinientos siglos. Bailaron en ella desde las diosas más recatadas hasta el lascivo Príapo: las ninfas, con los tritones y los sátiros; las harpías jalearon a la Muerte: hasta las dríadas, sujetas a tierra por raíces, dieron algunas pataditas, y Baco, abriendo la espita de su tonel, lo dejó correr sobre el cielo andaluz para que lloviese vino alegre.

¡Qué período aquél para los que nacieron en Andalucía! La manzanilla corría por los caños de las fuentes y los canalones de las casas.

José Fernández Bremón



José Fernández Bremón (Gerona, 1839-Madrid, 1910) fue un escritor, periodista y dramaturgo español.

Huérfano de padre y madre desde muy niño, vivió en Madrid desde los tres años educado y criado por su tío José María, quien le inició en el mundillo literario. Emigró a Cuba y México, donde habría hecho fortuna por su laboriosidad y talento natural de no haber deseado ardientemente volver a

su patria; ya en ella fue colaborador de El Globo, El Bazar (1874-1875), Blanco y Negro (1891 -1892), El Liberal, El Diario del Pueblo y Nuevo Mundo; fue redactor de La España, que luego dirigió, así como de La Época y La Ilustración Española y Americana; en esta última publicaba una "Crónica general" a la semana comentando los sucesos de actualidad con sátira ligera e ingenio, pero siempre sin decir las cosas a las claras. Denunció, por ejemplo, el interés de las potencias occidentales en ocultar los desmanes y crueldades de Turquía en Bulgaria. Ironizó también la habitual treta de valorar más las apariencias que las esencias en poemas como "Dar liebre por gato" y otras veces descubrió plagios literarios. Otros poemas suyos fueron recogidos en El libro de la Caridad (1879), según Cossío.

Afiliado siempre al Partido Conservador, fue un periodista con gracia particular, oportuno en la anécdota y la broma. Su escepticismo aparente era más bien benevolencia tolerante. Asiduo de la tertulia de María de la Peña, baronesa de las Cortes, sostuvo con Leopoldo Alas "Clarín" una sonada polémica en 1879 que abarcó más de veinte años; Clarín le achacó la culpa de la estruendosa silba que acogió su drama Teresa y le llamó "el Himeto de la crítica en cuanto a dulzura"; por eso fue blanco predilecto de sus Paliques junto a autores como Peregrín García Cadena. Bremón correspondió atacándole cuando vino a dar una conferencia al Ateneo de Madrid en 1886 y en otras ocasiones. Sin embargo, habían sido amigos y ambos se apreciaban como escritores.

Sus Cuentos (1879) fueron muy apreciados y han sido recientemente reimpresos (Un crimen científico y otros cuentos, Madrid: Lengua de Trapo, 2008). En plena época del Realismo, le interesa la fantasía per se y presagia la literatura de ciencia-ficción o ficción científica no ocasionalmente, sino en dos de sus cuentos, "Un crimen científico" (1875) y "M. Dansant, médico aerópata" (1879), que son los mejores de este género en la España del XIX; el primero narra los experimentos de un médico para hacer ver a los ciegos, con marcado aire gótico; el segundo cuenta un

rentable timo. En otros imita lo mejor de Charles Dickens. Otras narraciones son Siete historias en una: cuento (Madrid: Imprenta y Estereotipia de El Liberal, 1885) y Gestas o El idioma de los monos (Coruña, 1883). Al teatro lleva un fino humorismo sentimental que no llega nunca a caer en la sensiblería, a pesar de que no llegó a tener éxito con su producción dramática, en la que destacan obras como Dos hijos, Lo que no ve la justicia, Pasión de viejo, El espantajo (1894), Pasión ciega, Los espíritus, El elixir de la vida y La estrella roja (1890). Jordi Jové encuadra su postura filosófica dentro del positivismo comtiano en boga en la época.